

## DE BUENAS LETRAS

# Una suave, esporádica y poética neblina

**ANTONIO CHICHARRO** De la Academia de Buenas Letras de Granada

Las experiencias cotidianas de andar por la ciudad o mirar un ancho y difuso horizonte, entrar en espacios cerrados, cruzarse con personas intuitas, evitar obstáculos o sombras, esperar a que el rojo ceda ante el esplendor del verde en un semáforo, experiencias tan repetitivas y ordinarias que acontecían hasta ahora sin dejar huella en quienes usamos gafas, están mutando en sus efectos por el empañamiento que produce la respiración bajo la obligada mascarilla sobre los cristales en estos tiempos pandémicos que nos toca vivir. En mi caso, el desasosiego de no ver con claridad el mundo inmediato y la consecuente reacción de limpiar los lentes para recuperar así mi control supuesto del mismo en su diafanidad, van cediendo no pocas veces paso a la aceptación de esa neblina como un modo esporádico de estar en lo real y ocasión de mirar hacia dentro para labrarme un segundo o tercer mundo incluso al modo del que da cuenta Dámaso Alonso en algunos de sus textos poéticos que paso a recordar.

Es el caso de los poemas puestos como prólogo de su libro 'Hombre y Dios', de 1955. Los siguientes títulos dados por el miope poeta dan cuenta de lo que quiero decir. Así, el soneto 'Mi tierna miopía' es el texto abanderado en el que

resalta el efecto benéfico que la misma produce, frente a la dura traza del mundo, de un segundo mundo de deshilada fantasía e incluso de un tercero más profundo, el de la «exacta luz y profunda poesía». En 'Pequeños placeres', la dulce miopía le desdibuja deliciosamente el mundo así: «Pasan lánguidamente las flexibles muchachas, / pasan perritos diminutos que menean el rabo, / y espléndidas lechugas. / Todo se deshilacha, todo se difumina / en fina niebla»; y, en 'La bondad de Dios', el poeta agradece la piedad de que sus ojos rebajen las líneas ásperas de la realidad y que el «gran Hacedor» haya así retocado su creación en un único ejemplar para él, un pobre poeta perdido en el último rincón del cosmos.

En todo caso, el lector debe saber que en los poemas que siguen Dámaso Alonso entona sucesivas palinodias —«las de la «inteligencia», la «sangre» y la de «detrás de lo gris»— para pedir ojos de águila y la dura precisión del mundo creado; ojos alerta contra la injusticia frente a tanta sangre; y ojos que penetren tras lo gris la verdad de las almas. Y así nos conducimos en estos tiempos, desviviéndonos entre desempañar lentes y aceptar una suave y esporádica neblina.